

—Mi hermosa Carolina, tú has nacido para vivir y para ser adorada.

Y para amarte siempre, y para que me ames te convidó á comer conmigo, puesto que rehusas almorzar.

—Bien, comeré contigo.

Marcial prometía con los labios sin saber lo que iba á ocurrir.

Al regresar al Gran Hotel, encontró una carta de Juana.

La pobre, loca de amor, volvía á sus ilusiones. Le contaba sus sueños de felicidad, su horizonte de oro y azul; el arco iris después de la tempestad.

Terminaba su carta con estas frases:

»... mi madre quiere á usted como un á hijo. Venga usted á comer con ella.

»Desde mi cama os veré y seré dichosa. »Esa será mi mejor comida.»

—Comeré con Juana, dijo Marcial llevado por su corazón.

Pero á la hora de comer hubiera querido partirse en dos.

Los que no han amado á dos mujeres á la vez no comprenderán á Marcial, pues de todas las pasiones la del amor es la más fantástica y caprichosa.

Marcial amaba á Carolina y sentíase bajo el atractivo de Juana de Armaillac.

Aquella duplicidad de sensaciones no era falta suya, sino de su corazón.

Una artista muy conocida por el espíritu de su conversación y la intelectualidad de su espíritu, decía sin pretender hacer frases:

—He tenido pocos amantes en mi vida,

pero siempre he procurado tener dos á la vez.

—¿Por qué? le preguntaron.

—Porque el uno me mueve á amar al otro. Cuando estaba en el primero me prometía mil goces con el segundo. Es preciso en el amor unir lo real á lo ideal. La realidad es el hombre que tenemos á los pies, lo ideal el que está ausente.

Pero no todo el mundo puede adoptar esta filosofía de lo real y lo ideal. ¡Cuántos toman lo ideal por lo real! ¡Cuántos toman para sus labios lo que estaba destinado para su alma!

Marcial no quería mezclar los filósofos, Platon con Aristóteles, Descartes con Spinoza. Amaba á Carolina como á Juana, con un amor que encerraba todos los amores, pero á la vez real é ideal.

Marcial comió con la señora de Armaillac bajo la dulce atracción de los ojos de Juana.

Pero antes de ir á comer había escrito á Carolina que cenaría con ella.

V

El la amaba un poco, mucho quizás...

Mientras tanto la señorita de Armaillac no adquiría fuerzas; ella quería vivir pero no podía vencer la fiebre que la devoraba. Estaba profundamente herida y no solamente la engañaba su juventud, sino también el tiempo. Esperaba de día en día fijar el de su boda, pero hubo de transcurrir un mes antes que pudiera decidirse la publicación de las amonestaciones.

Briançon iba todos los días dos veces, almorzando con la madre y la hija. Juana no se levantaba siempre; llevábanla entonces una pequeña mesa cerca su lecho para que fuese dichosa haciéndose la ilusión de estar buena; la duquesa*** y la señora de Gramont iban á verla muy á menudo; se las había dicho, y aquellas señoras lo habían repetido en su círculo, que la señorita de Armaillac sufrió una crisis terrible la vispera de su convenido enlace con el señor Delamare, y que quiso sacrificar sus ideas á las de su madre, pero al ir á consumir el sacrificio, vencida por su dolor, quiso morir.

Marcial seguía al parecer más tierno y amante que nunca; llegaba todos los días con flores, bombones y otros mil artísticos objetos. Pasábanse las horas en conversaciones íntimas y agradables. Como Juana, era curiosa, contábala él todos sus actos y quería ella que continuase frecuentando el gran mundo y el teatro, aunque no fuese más que para tenerla al corriente de la crónica literaria y galante.

Cuando digo que la contaba palabra por palabra todos sus actos, pierdo de vista á la señorita Carolina Aumont.

Pero Marcial no la olvidaba; pues si bien ofrecía cuatro horas á su novia, daba dos á su querida; no había cambiado de vida, y aunque se prometía todos los días de buena fe romper con Carolina al siguiente, no se acordaba de tal propósito. Veía que todos sus amigos conservaban sus queridas hasta la vispera de su matrimonio, y se abandonaba perezosamente á su doble pasión.

Un día de hermoso sol la duquesa*** decidió á la señorita de Armaillac á vestirse y á dar un paseo en su *landeau*.

—Hermosa mía, la dijo, quiero llevarla al bosque, pues á esta hora no hay nadie. Iremos á beber leche á Prado Catalán.

Juana se dejó vestir y llevar; parecíale que aspirando el aire vivo á través de los árboles del bosque readquiriría un poco de su vigor físico. Hallábase tan delicada aún que hubo necesidad de transportarla al carruaje de la duquesa; pero en cuanto llegó á la avenida de la Emperatriz, sintióse mejor y dió las gracias á la duquesa diciéndola: «Me salva usted con este paseo, no tengo fiebre, convéznase usted.» Y la tendió su mano con un gesto alegre, mientras la duquesa le contestaba que la alegría del alma era la salud del cuerpo. Y así diciendo continuaron el paseo hasta el Prado Catalán.

Por fin, pensaba Juana, me siento revivir, soy lo que era; hoy es viernes; mañana Marcial podrá decir que se publiquen las amonestaciones; así nos casaremos dentro de quince días.

La duquesa tenía que marcharse á España. Juana le pidió que se quedase para la boda, manifestando que esta vez era asunto decidido.

—Seré dichosa asistiendo á vuestra felicidad, contestó la duquesa, no me iré antes de la boda; además aquel día estará usted muy hermosa para dejar de gozar del espectáculo.

Habían llegado al Prado Catalán.

—Qué fastidio, exclamó Juana, hay gente!

—¡Oh! tranquilícese usted, son enfermos; seguiremos, no obstante, el paseo en carruaje.

Cuando estuvieron enfrente de la lechería, la duquesa llamó á una de las camareras que servían, pidiéndola dos tazas de leche. «De leche muy caliente, añadió; ídala á buscar al establo.»

Juana siguió con la vista á la camarera y en aquella dirección vió aparecer dos figuras que le echaron de nuevo en brazos de la fiebre y del delirio. Eran aquéllas el señor de Briançon y Carolina Aumont.

Tan alegres estaban que podía creerse que venían de beber champagne.

Carolina se inclinó sobre el césped para coger una margarita mientras Marcial llevaba un cigarrillo.

La cortesana deshojó la flor diciendo en alta voz sin dárselo un ardite los concurrentes:

—Tú me amas, un poco... mucho... apasionadamente.

—Nada, dijo Marcial.

Carolina le arrojó los pétalos á la cara.

En aquel momento la señorita de Armaillac se echó en los brazos de la duquesa.

—Qué tiene usted, mi querida Juana?

—¿Qué tengo? ¿No conoce usted á Marcial y á su querida?

—Sí, los reconozco. Eso es infame.

La duquesa abrazó estrechamente á Juana, ocultándola con su cuerpo.

—Sí, sí, abráceme usted, ocúlteme usted, dijo la señorita de Armaillac, no quiero que él me vea.

Aquella tarde el señor de Briançon tenía que ir á comer á casa de la señorita de Armaillac.

Y fué, siempre con idéntica máscara de amor y de sonrisas, y las mismas miradas cariñosas. Juana había recaído de tal modo que apenas podía hablar.

—¡Ah! es usted, murmuró dulcemente. Juana no había dicho nada á su madre.

—¡Qué es eso, Juana mía! Me desconsuela tan rebelde enfermedad...

—¿De veras? ¡Es que hoy he recibido otro golpe doloroso!...

Y Juana miró fijamente á Marcial.

—¿Qué ha hecho usted esta mañana? le preguntó con acento más suave.

Marcial no tenía ni la menor idea de que podía haber sido visto con Carolina en el Prado Catalán. Los niños se cubren la cara con las manos y creen que nadie les conoce. Los parisinos atraviesan París entre el flujo y reflujo vertiginosos, entre el continuo torbellino sin pensar que ellos forman parte del espectáculo. Marcial no se ocultaba nunca, convencido de que nadie se inquietaba de sus actos, así es que respondió á Juana con inconsciencia absoluta:

—He ido á mil partes y á ninguna. De aquí para allá, sin objeto. He montado á caballo para ir al bosque y pensar bajo sus árboles en usted.

—¡Ah! sí, para pensar mejor en mí busca usted la soledad, ¿no es cierto?

—Los amantes no están nunca solos. ¿Acaso no tienen siempre ante ellos el ros-

tro querido? Pero ¿por qué me habla usted otra vez de golpes dolorosos?

La señorita de Armaillac, que se había contenido y que ocultaba su herida bajo una sonrisa, no pudo acallar más tiempo su cólera.

—Sí, otra puñalada, ¿lo oye usted? Un nuevo y doloroso golpe que esta vez será mortal, porque usted me lo ha dado.

—¿Yo?

—Sí. Esta mañana, en el bosque, he visto cómo cierta joven ha deshojado una margarita y se la ha arrojado á usted á la cara.

Marcial no halló una palabra de disculpa.

—Adiós, señor de Briançon, exclamó Juana con la voz anegada en lágrimas; usted me ha herido dos veces; si yo sobrevivo á esta, hágame usted la merced de no herirme por tercera vez.

Marcial suplicó, rogó, pero las miradas y los ruegos hallaron inflexible á la señorita de Armaillac; Juana indicóle con tan enérgica voluntad la puerta, que él salió de allí sin darse cuenta.

Por la noche debía ir, como de costumbre, á casa de Carolina Aumont; no fué, y la escribió estas sencillas frases:

«Esta vez, Carolina, todo ha concluido definitivamente. La fatalidad nos separa, jamás nos reuniremos.

MARCIAL.»

LIBRO II

LA CONFESIÓN DE CAROLINA

I

La última palabra del amor

Paseábame delante del café de la Paz con algunos amigos, entre los cuales se hallaba ese español apellidado el marqués de Santaná. Todos deseábamos oír las donosas burlas de aquel hermoso diablo que se reía del mundo entero.

—¿No sabe usted algo nuevo? le pregunté deteniéndole.

—Cosas nuevas de lo ya viejo, pero nada nuevo de lo nuevo. Nada imprevisto.

—¿Y Juana de Armaillac?

—No hablemos hoy de ella, porque su futuro se baté en duelo; mañana podré hablar.

—¿Y por qué no hoy?

—Porque usted conoce á muchos periodistas. Si yo dijera una sola palabra habría otro duelo.

—Pues entonces, adiós.

—Espérese usted, me dijo el marqués. Una joven de cierto mundo me ha confiado